

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo  
DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 22 Diciembre 1906.

Núm. 51.

## Catequística.

(Continuación).

4.º *Fué ungido, por último, Nuestro Señor Jesucristo con las gracias llamadas «gratis dadas»; ó sea, concedidas gratuitamente.*

Aunque toda gracia es dada por Dios gratuitamente á los hombres, hay, no obstante, algunas que, por antonomasia, se llaman gracias *gratis* dadas. Y son aquellas especiales gracias que Dios otorga á algunos hombres, para que por medio de ellas, cooperen á la santificación y salvación de los demás. Y son, entre otras que enumera el Apóstol, el don de hacer milagros, el don de profecía, el discernimiento de los espíritus, el hablar é interpretar lenguas desconocidas (1).

Pues que tuvo Jesucristo estas gracias de que hablamos, bien se deja conocer, ya porque tuvo la plenitud de la gracia, ya porque tales dones eran necesarios para la misión que trajo del cielo, que fué enseñar, redimir y convertir al mundo; y ya, por fin, porque de poseer esas gracias dió muy abundantes y muy señaladas muestras durante toda su vida. Pruebas, y bien claras, dió de poseer la ciencia de las cosas naturales, y la sabiduría de las divinas; no las dió menos claras de poseer la virtud de curar á los enfermos, de obrar milagros, de conocer lo futuro libre, y de penetrar los secretos más íntimos del humano corazón. Nada se nos dice en las Sagradas Letras de que Jesús haya hablado lenguas

(1) Carta 1.ª á los de Corinto, capt. 12.º, ver. 8.º



extrañas, ni que las haya expresamente interpretado; mas ya que dió pruebas de saber todas las Santas Escrituras, y las historias y letras patrias, sin haberlas jamás estudiado, y ya que otorgó ese don á sus Apóstoles, ¿cómo podrá dudarse de que también él lo poseía? Son, además, esas gracias manifestaciones del Espíritu Santo, según lo dice San Pablo, y Jesucristo lleno estaba del Espíritu Santo, por lo cual, no podían faltarle tales gracias.

Es, por otra parte, Jesucristo fuente de todas las gracias destinadas á vivificar las almas, y es cabeza de todos, y por estas causas no podían faltarle las gracias *gratis* dadas. Dícelo así el gran San Agustín, llamado por especial ensalzamiento, *Doctor de la gracia*. «Al modo que en la cabeza del hombre existen todos los sentidos, así todas las gracias existieron en Jesucristo» (1).

Pero, la más fundamental razón de esta verdad nos la ofrece Santo Tomás, tomándola del fin á que se encaminan las dichas gracias, y del magisterio encomendado á Jesucristo por su eterno Padre. Dice de esta manera: «Ordénanse las gracias *gratis* dadas á la manifestación de la fe y de la espiritual doctrina. Mas es necesario que aquel que enseña, posea todas aquellas cosas por las que se manifieste su doctrina; de otro modo esta doctrina sería inútil. Ahora bien; el primero y principal doctor de la espiritual doctrina y de la fe, es Jesucristo, según lo que nos dice el Apóstol en su carta á los Hebreos (2.º 3): *Habiendo comenzado el Señor la publicación de la doctrina de salud, ha sido confirmada entre nosotros por aquellos que la oyeron, aprobándola Dios con signos (milagros) y portentos; y con varias virtudes y distribuciones del Espíritu Santo, según su beneplácito*. Por lo cual, es cosa manifiesta que todas las gracias *gratis* dadas existieron en Jesucristo, como en el primero y principal Doctor de la fe» (2).

Síguese de lo que llevamos dicho que Jesucristo tuvo con mayor excelencia que hombre alguno el título de Rey, de Sacerdote y de Profeta; y que estuvo por inefable y plenísimo modo lleno de gracia, de virtudes, de dones del Espíritu Santo, y de las gracias *gratis* dadas, cual convenia al príncipe y soberano de todos los Doctores de la fe divina. Debió, pues, ser también el

(1) Carta á Dárdano.

(2) *Suma Teológ.*, Parte 3.ª, cuest. 7.ª, art. 7.º, c.



*Ungido* por excelencia, el Cristo de Dios; y lo fué en verdad. Pero no con la unción de corporales unguentos, sinó con la de suavísimas y espirituales gracias, de cuyas gracias debía poseer, y poseyó en efecto, la plenitud más perfecta de todas.

Es, pues, Jesús el *Cristo* por excelencia, porque fué por excelencia el *Ungido del Señor*.

Por eso, siendo el verdadero nombre del Hijo de Dios el nombre de *Jesús*, como ya lo vimos, el de *Cristo* hace las veces de su apellido. Y, reunidos entrambos, forman el nombre con que más frecuentemente lo designamos, que es el de *Jesucristo*.

Y, como tanto el nombre de *Jesús*, como el apellido *Cristo*, designan, ya unidos, ya separados, á nuestro divino Salvador distinta y completamente, y sin peligro de que se confunda con nadie, usamos unas veces del nombre y apellido, y le llamamos *Jesucristo*; otras veces del nombre solo, y le llamamos *Jesús*; otras de solo el apellido, y le llamamos *Cristo*, y otras, por fin, invertimos el orden, poniendo primero el apellido que el nombre, y le llamamos *Cristo Jesús*.

Sin embargo, aunque todos son nombres con que designamos al Verbo encarnado, no en todos los casos usamos indiferentemente de cualquiera de ellos; pues, como bien se habrá podido observar, se le llama *Jesús* en algunas ocasiones, en las que no estaría bien llamarle *Cristo*; y en otras se le llama *Cristo*, en que disonaría llamarle *Jesús*.

Así, pongo por caso, en su niñez, y especialmente si en la frase se le antepone la palabra *Niño*, se le llama Jesús, ó el Niño Jesús, y no estaría bien llamarle Cristo.

Por el contrario, cuando se refiere á los sucesos de la pasión, es más usado llamarle Cristo; y, en todos los casos, cuando se le antepone el artículo *el*, se le llame siempre *Cristo*, y nunca *Jesús*. Lo mismo se hace cuando nombramos las imágenes del Crucificado. Así, se dice: *El Cristo*, y nunca *El Jesús*; se dice: *El Cristo*, y no *El Jesús* de tal ó cual pueblo.

Dejemos ya estas cosas, contentándonos con haberlas indicado, pues no es este nuestro ministerio, que lo es de los gramáticos y retóricos. Lo que más nos importa es tener á Jesucristo profunda devoción, y profesarle un amor sin límites; porque las gracias y dones de que fué unguido, las tiene y las emplea todas en nuestra eterna salvación.

(Continuará).



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica IV de Adviento

El Evangelio de la presente Dominica ofrece á nuestra consideración los comienzos de la predicación del Bautista.

Acercábase á grandes pasos la época venturosa en que Jesucristo, abandonando el humilde retiro de Nazareth, iba á salir á la luz del mundo para enseñar á todos su divina ley; estaba ya muy próximo el tiempo vaticinado por los Profetas, en que los hombres habían de oír de los labios mismos de Dios, hecho carne, palabras de celestial sabiduría. Por esto San Juan, cumpliendo con la misión que Dios le confiara, empieza á predicar el bautismo de penitencia para remisión de los pecados, á fin de que se dispusieran los judíos á recibir la predicación y enseñanza del Mesías prometido.

«Preparad el camino del Señor,—les dice—haced derechas sus sendas. Todo valle se llenará y todo monte y collado será tajado; y lo torcido será enderezado, y los caminos fragosos allanados. Y verá toda carne la salud de Dios».

Como si dijera: Preparaos á recibir el fausto acontecimiento de la vida pública del Mesías, purificando vuestra alma de toda mancha de vicio, y hermoseándola con preciosas virtudes. El que de entre vosotros tenga el alma privada de ellas, llénela de esos hábitos virtuosos: *Omnis vallis implebitur.*

Quien esté engreído y sea orgulloso, piense en la propia nulidad, y humíllese: *Omnis mons et collis humiliabitur.* El que sea fingido y engañador, vuélvase sencillo y sincero: *Erunt prava in directa.* Quien fuere duro de corazón y propenso á la ira, hágase manso y humilde: *Erunt aspera in vias planas.* Así os haréis dignos de ser apacentados con la comida celestial que se dispensará por el Verbo hecho hombre, y participaréis de la salvación, cuya fuente inagotable es Él: *Et videbit omnis caro salutare Dei.*

Estas mismas palabras del Bautista á los judíos nos recuerda la Iglesia en el Evangelio de hoy, para que todos nos dispongamos á celebrar dignamente el Nacimiento del Niño Jesús. Dentro de pocos días podremos todos contemplar la cabaña de Belén convertida en teatro de espléndidas maravillas. ¡Con los ojos de la fe podremos ver á un Dios revestido de las amables apariencias



de niño! ¡Contemplaremos á un Dios que gime y llora en humilde pesebre, á un Dios, cuyos adoradores no son los monarcas y soberanos de la tierra, sino unos sencillos pastores! ¡Veremos al Eterno, recién nacido; al Inmenso, entre las estrechuras de un pesebre; al Omnipotente, ceñido de pobres pañales; al Rey de reyes y Señor de los que dominan, sin casas, sin terrenas riquezas, desprovisto hasta de lo más necesario; al Dios, en fin, de la felicidad; derramando lágrimas y dando infantiles gemidos! Preparémonos, pues, para no ser testigos indignos de espectáculos tan excelsos: *Prate viam Domini, rectas facite semitas, eius.*

Quitad de vuestro espíritu, nos dice la Iglesia en estos días, haciendo suyas las palabras del Bautista, toda pasión desordenada, y enriquecedla con preciosas virtudes; lejos de vosotros en estos días los pensamientos profanos y terrenales afectos; antes bien, llenad vuestra alma de pensamientos y afectos del Paraíso: *Omnis vallis implebitur.* Lejos de vosotros la vanidad y el orgullo; antes adornaos con el precioso vestido de la humildad: *Omnis mons et collis humiliabitur.* Lejos de vosotros la ficción, doblez y engaño; sed, por el contrario, sencillos en la intención y rectos en el obrar: *Erunt prava in directa.* Lejos de vosotros la impaciencia, la ira, el deseo de venganza; antes al contrario, procurad ser agradables y mansos como los corderillos: *Erunt aspera in vias planas.* De esta suerte Jesús Niño será para vosotros fuente de salvación: *Et videbit omnis caro salutare Dei.*

Tales son los maternales acentos con que en estos días pretende la Iglesia enfervorizarnos y disponernos para celebrar dignamente la próxima festividad.

Ni podía ser de otra suerte, porque si el Niño Dios se nos presenta en la cueva de Belén vencedor de las tres terribles concupiscencias de que nos habla el Apóstol San Juan, no podemos aparecer de una manera digna delante de Él mientras nos hallemos dominados por alguna de aquéllas. *Al Niño Jesús*, expuesto á los rigores del invierno, envuelto en pobres pañales, molestado por punzantes pajas, en una palabra, *mortificado*, no podemos acercarnos dignamente, si no tenemos, como dice San Pablo, nuestros miembros revestidos de la mortificación cristiana. *Al Niño Jesús pobre*, tanto, que su pobreza se asemeja á la de los hombres más miserables en la sociedad, no podremos llegarnos convenientemente sin estar desprendidos de los bienes de la tierra,



sin ser verdaderamente pobres de espíritu. Ultimamente: *Al Niño Jesús humilde*, que nace en un pesebre, rodeado de animales y á quien adoran sencillos pastores, no podremos nosotros adorarle mientras no nos hallemos adornados con el vestido precioso de la humildad cristiana.

---

## Explicación de las Virtudes.

---

### Necesidad de la virtud de la fe

(Continuación).

*Sin fe es imposible agradar á Dios.* O lo que es lo mismo, no hay ningún medio de llegar á nuestra justificación y salvación fuera de aquel orden cuyo fundamento y base es la fe.

5.º Leemos á este propósito en los Actos de los Apóstoles que estando encarcelados San Pablo y su discípulo Silas por haber predicado la doctrina de Cristo, sobrevino de noche tan gran terremoto que se movieron hasta los cimientos de la cárcel, abriéronse las puertas y se desataron las ligaduras de los presos. Despertóse á esto el guarda de la cárcel, y, al ver las puertas de par en par, sacó la espada y quiso matarse creyendo que los encarcelados habían huído. *No te toques*, le dijo San Pablo, *que todos estamos aquí.* Dios tocó entonces su corazón, y al verles el carcelero, arrojóse á sus pies, y les dijo: *Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?... Cree en Jesucristo Nuestro Señor, y te salvarás.* Y fué instruído y creyó y fué bautizado (1).

6.º *Todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará*, nos dice San Pablo en su carta á los Romanos (2); palabras que son como una confirmación auténtica de aquellas otras del Apóstol San Pedro: *No ha sido dado á los hombres otro nombre en que puedan salvarse (que el nombre de Jesús)* (3). Porque Jesús que, como Redentor, ha sido el Medianero entre el pecador y la Justicia divina, había de ser también nuestro Intermediario como Salvador y Glorificador, en cuanto que no sino por sus méritos, no sino por su bendito Nombre nos fuese dado entrar á poseer el reino de los cielos.

---

(1) Act. Apost., XVI-26 y sig.

(2) Rom., X-13.

(3) Act. Apost., IV-12.



Ahora bien: *¿cómo podrán invocar los hombres á aquel en quien no crean?...*, continúa el Apóstol en el versículo siguiente (Rom., X-14): *Quomodo invocabunt in quem non crediderunt?...* Luego la fe es de absoluta necesidad para nuestra justificación y salvación, ya que no es posible ésta sin invocar el dulce Nombre de Jesús, ni éste se puede invocar no conociéndole, al menos, iluminados por la antorcha brillante de la fe, que es el único modo como ahora en esta vida nos es dado conocer á Jesús, nuestro Redentor.

7.º Confirma esta misma verdad, que estamos probando, el gran Doctor de la Iglesia, S. Agustín, con otros mil Padres, cuando dice: *La fe es el principio de nuestra salud. Sin ella nadie puede llegar á ser hijo de Dios; porque sin ella, ni en este siglo se puede alcanzar la gracia de la justificación, ni la bienaventuranza en el futuro.*

De donde es lógico inferir que si la fe es *principio*, debe ser también *fundamento* de nuestra eterna salvación, y como *raíz* de donde nacen nuestras obras santas, que son como los frutos de vida eterna. Así siente también el mismo San Agustín, pues en otro lugar nos dice: *No puede haber una obra grande que no traiga su origen de la fe. Veo una bella fábrica de nuestras obras espirituales; pero veo dentro el fundamento de la fe. No puedo menos de alabar los hermosos frutos de las buenas obras; pero descubro dentro la raíz de la fe, de la que han brotado.*

Que es lo que casi con idénticas palabras declaran y auténticamente exponen los ilustres Padres del Sacrosanto Concilio de Trento, cuando dicen: *La fe es el principio de nuestra salud, el fundamento y raíz de nuestra justificación: sin ella es imposible agradar á Dios y llegar á la bienaventuranza que gozan sus hijos* (1). Palabras que son ratificación auténtica de cuanto llevamos dicho y sirven como para remachar el principio ya sentado de la necesidad absoluta de la fe para conseguir la salvación.

## CUENTO

### La Providencia.

El P. Beauregard acababa de predicar en una de las iglesias de

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. 8.



París un famoso sermón sobre la Providencia. Como todos sus sermones, había atraído éste un numeroso auditorio. Vuelto á su casa, le avisaron que un desconocido quería verle: sale, y pregunta á aquel hombre, que á primera vista conoció era artesano:

—¿Qué se le ofrece á Ud.?

—Hablar un rato con Ud.,—repuso el desconocido con voz ronca, y teniendo en su fisonomía algo de extraordinario parecido á la locura; lo cual llamó la atención del sacerdote.

—Con mucho gusto, le contestó; siéntese Ud.; estoy pronto á escucharle.

Y enseguida se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Reverendo, acabo de oír su sermón.

—Me alegro de ello, y le felicito á Ud.; pues he dicho cosas que creo no quedarán perdidas para todos.

—Ciertamente, ha hablado Ud. muy bien. Pero ha ponderado Ud. los beneficios de la Providencia: yo no creo en eso, porque para mí no la hay.

—¿Qué dice Ud.? ¿qué palabras acaba de pronunciar?

—No, señor; para mí no hay Providencia; y si no júzguelo usted mismo. Yo soy carpintero, tengo mujer y tres hijos. Somos gente honrada; trabajamos, y no hacemos mal á nadie. Infórmese Ud. de mí por el vecindario, y todos atestiguarán que soy hombre de bien, que gano mi subsistencia y la de mi familia con el sudor de mi frente, que no frecuento tabernas ni garitos, que vivo en buena armonía con mi mujer, y si contraigo alguna deuda, la pago fielmente.

—Creo todo esto sin dificultad, buen hombre. Pero ¿qué quiere Ud. decir con eso? ¿qué tienen que ver unos detalles tan propios para interesar á su favor con su incredulidad respecto á la Providencia?

—¿Qué quiero decir con eso, me pregunta Ud., y qué tiene que ver una cosa con otra? Voy á explicárselo: Ud. ve á un hombre resuelto á ir á echarse al río.

—¡Oh cielos! (exclamó el P. Beauregard justamente alarmado de una tal resolución): guárdele Dios de semejante acto; pues no sólo perdería la vida, sino también su alma. Y ¿qué es lo que puede arrastrarle á un proyecto tan descabellado?

—Señor, he tenido una pérdida por la quiebra de un deudor que me ha arruinado. Tengo compromisos que debo pagar el 30



de este mes, y no podré cumplirlos; así es que sería la primera vez que deshonraría mi firma. Yo no puedo sobrellevar la idea de este deshonor, pues habiendo acudido en vano á varias personas, nada he conseguido, porque mis parientes y mis amigos no pueden socorrerme.

—Pero, amigo mío, su esposa á quien Ud. ama, sus hijos que necesitan de su apoyo, ¿cómo quedarán si Ud. los abandona para siempre?

A esta observación los ojos del pobre artesano se llenaron de lágrimas, y dijo así:

—¿Qué quiere Ud. que le diga? yo no puedo vivir deshonorado: mi esposa é hijos por mi causa tendrían que bajar la cabeza, y cuando yo haya muerto, tal vez alguien se apiadará de ellos.

—Por favor le suplico me diga cómo preocupado con esa terrible idea ha venido á oír mi sermón.

—Es que no he ido expresamente: ha sido una casualidad. Pasaba cerca de la iglesia y he visto que muchas personas se apresuraban para entrar; así es que por curiosidad, maquinalmente, he entrado allí como los demás. He preguntado qué función había, y me han respondido que iba é predicar un famoso orador. Me he quedado, y he oído todo el sermón de Ud. Cuanto ha dicho es admirable: no obstante, reflexionando sobre lo que me pasa en la actualidad, no puedo persuadirme á creer exista una Providencia.

—Pero ¿cómo? Con semejante intención ha entrado Ud. en la iglesia, me ha oído, ha venido á buscarme, se halla á mi lado confiándome sus penas, ¿y no reconoce Ud. en todo esto á una Providencia?

Movido de esta observación, después de un breve silencio, contestó el artesano:

—Ciertamente, lo que me ha pasado es digno de atención; pero en definitiva nada de esto pagará mis deudas el 30 de este mes.

Esta conversación había conmovido el corazón del P. Beauregard; pues veía en su intertoculor un hombre honrado, pero sin instrucción, que cautivaba su afecto, y sobre todo que necesitaba un pronto socorro. Y prescindiendo de los informes que la prudencia recomienda en ciertos casos, atendiendo sólo al juicio que formó de aquel infeliz, cuyo lenguaje y modales atestiguaban ser



verdad cuanto había referido, tomó una resolución en aquel momento.

—Escuche Ud., amigo mío, le dijo; creo que Ud. es un hombre de bien, pero desgraciado; y no por culpa suya. También estoy persuadido que no ha tratado de engañarme. Quiero, pues, sacarle del apuro... ¿Cuánto necesita Ud. para pagar sus deudas? Me hallo en estado de poder ofrecer á Ud. alguna cantidad.

—¡Ah, señor! ¡qué bondadoso es Ud.! Con 2.500 francos salgo de mis apuros.

El P. Beauregard abre una gaveta, saca la cantidad mencionada y la entrega al artesano. diciéndole:

—Amigo mío, aquí tiene Ud. este dinero: no habría tenido yo la satisfacción de podérselo dar de mi bolsillo, pues nunca está tan bien provisto; pero hace pocos días que después de haber asistido á mi sermón sobre la limosna la señora princesa N. (la nombró), envióme este dinero, autorizándome para hacer de él, en alivio de la desgracia, el uso que juzgase más á propósito. Esta cantidad hubiera socorrido muchas miserias, repartida entre varias familias, según era mi intención; pero el haberse presentado Ud. en mi casa en la crítica situación en que se encuentra y con tan desesperado intento, es, en mi concepto, un rayo de luz acerca de los designios de la Providencia.

A estas palabras el pobre artesano se echa á los pies del Padre Beauregard, los riega con sus lágrimas sin poder articular palabra, tan conmovido tenían su corazón la sorpresa y el agradecimiento; y levantando los ojos al cielo en señal de profundo reconocimiento, y dando un afectuoso abrazo al buen sacerdote, tomó el dinero, y se fué á su casa enternecido y con una opinión muy distinta acerca de la Providencia divina.

M.



## Liturgia.

(Continuación).

La bendición de ramos se hace con el mismo aparato que se emplea para la oblación del Santo Sacrificio de la Misa, pues hay en ella Introito, Oración, Epístola, Gradual, Evangelio y Prefacio, y únicamente cuando ha tenido debido cumplimiento esta prepa-



ración, es cuando se hace la bendición de ramos, en la que se usa agua bendita é incienso.

La Antífona que sirve de *Introito* hace resonar desde el principio el grito triunfal de los Hebreos: *Hosanna Filio David!* «Hosanna al Hijo de David! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Oh Rey de Israel! Hosanna en las alturas». En la Colecta ú Oración pide la Iglesia para sus hijos la gracia de que puedan llegar, después de esta vida pasajera, al término dichoso que la muerte y resurrección de Jesucristo les ha preparado, ó sea á la Jerusalén celestial, figurada en la entrada de Jesús en la capital de la Judea. La Epístola está tomada de un pasaje del Exodo, en el que se ve al pueblo de Dios salir de Egipto y acampar en Elim, á la sombra de setenta palmeras y junto á doce fuentes. Allí es donde recibe aviso de parte de Moisés, manifestándole que pronto ha de descender el maná del cielo para su alimento, cesando desde el día siguiente, por la mañana, el hambre que venían sufriendo. Todas estas figuras se cumplen fielmente en el pueblo cristiano. Por una conversión sincera, los fieles han roto con Egipto, que representa al mundo, y helos aquí que toman de la palmera sus ramos para honrar á Jesús, su Rey. Las fuentes figuran el bautismo que ha de conferirse dentro de muy poco á los Catecúmenos; siendo doce las fuentes por ser el mismo número los artículos del Símbolo, anunciados al mundo por los doce Apóstoles. Por último, el día de Pascua, por la mañana, Jesús, Pan de vida, Maná celestial, saldrá del sepulcro y manifestará su gloria. El Gradual refiere la Pasión del Salvador, de la que la Iglesia no deja de hacer mención en un solo día, desde el Domingo de Pasión. El Evangelio, tomado de San Mateo, es la narración de la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, hecho que es el objeto de esta fiesta. En la oración siguiente, el celebrante une al recuerdo de Moisés y de las setenta palmeras, el de Noé, á quien el ramo de oliva anunció el fin del diluvio. En el Prefacio conjura del modo más solemne á todas las criaturas á confesar el santo nombre del Hijo único de Dios ante los príncipes y poderosos de este siglo, y á alabar á Aquel en cuya presencia prostérnanse los ángeles, arcángeles y toda la milicia celeste, diciendo: Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Sigue luego una serie de oraciones que recuerdan las circunstancias del Antiguo y Nuevo Testamento, referentes á los



ramos, y que alcanzan para aquellos que los llevan y conservan las gracias de Dios. La bendición se termina por la aspersion del agua bendita é incensación, teniendo lugar enseguida la distribución de ramos, durante la cual el coro canta las siguientes antífonas: *Pueri Hebraeorum*: «Los niños de los Hebreos llevando ramos de oliva, salieron al encuentro del Señor, clamando y diciendo: Hosanna en las alturas».—«Los niños de los Hebreos tendrían sus vestidos en el camino, y gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor».

La segunda ceremonia ó rito de este día es la célebre Proce- sión que se hace á continuación de la solemne bendición de los Ramos. El fin de ella es representar la marcha del Salvador á Jerusalén y su entrada en esta ciudad, obedeciendo á ello el que los ramos que acaban de ser benditos sean llevados por los que toman parte en la procesión, para que no falte detalle en que imitar de lo que nos narra el Santo Evangelio. Entre los Judíos, el tener entre las manos estos ramos de árboles, era señal de alegría, sancionando para ellos este uso la ley divina, según se lee en el Levítico al establecer la fiesta de los Tabernáculos; «Y tomaréis para vosotros el primer día los frutos del árbol más hermoso, y gajos de palmas y ramos de árbol de hojas espesas y sauces de arroyo y os regocijaréis delante del Señor, vuestro Dios» (1). Esto movió á los Judíos y á sus hijos al recurrir á esta alegre demostración para testimoniar el entusiasmo que sentían al llegar Jesús á los muros de su ciudad.

En la edad media, en muchas Iglesias, llevábase con pompa, en esta procesión el libro de los Santos Evangelios, en representación de Jesucristo, cuya palabra contiene. En un sitio ya señalado y preparado al efecto, deteníase la procesión; el diácono abría entonces el sagrado libro y cantaba el pasaje en que se refiere la entrada de Jesús en Jerusalén. Descubríase enseguida la cruz, que hasta entonces había permanecido velada; todo el clero la adoraba solemnemente, y cada cual depositaba ante la misma un pedacito del ramo que llevaba en las manos. La procesión continuaba, después de esta ceremonia, precedida de la cruz, ya sin velo, hasta que entraba en la Iglesia. En Inglaterra y Nor-

(1) Levit., XXIII, 40.



mandía, desde el siglo XI, observábase un rito que representaba aún más vivamente la escena que tuvo lugar en Jerusalén, en este día. Llevábase la Sagrada Eucaristía en solemne procesión, siendo este hermoso acto el preludio, aunque lejano, de la institución y procesión de la festividad del Santísimo Corpus Christi, en contra de la herejía de Berengario, que negaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y que acababa de aparecer.

Una conmovedora escena tenía también lugar en Jerusalén en la procesión de Palmas, siempre con el laudable fin de renovar lo mejor posible la escena evangélica propia de este día. La Comunidad entera de Franciscanos que cuida y custodia los Santos Lugares, se trasladaba por la mañana á Bethphagé. Una vez allí, el Padre Guardián de Tierra Santa, vestido de pontifical, montaba en un pollino, convenientemente enjaezado, y, acompañado de los religiosos y fieles de Jerusalén, todos con ramos y palmas en las manos, hacía su entrada en la Ciudad, apeándose en la puerta de la iglesia del Santo Sepulcro, en donde se celebraba la Misa con toda solemnidad. Desde hace lo menos dos siglos, las autoridades turcas de Jerusalén han prohibido tan interesante ceremonia, que se remonta al tiempo del reinado latino en Jerusalén.

El final de la procesión tiene, en la Iglesia Romana, una ceremonia especial, impregnada del más elevado y profundo simbolismo. En el momento de volver á la Iglesia la piadosa comitiva, encuéntrase con las puertas cerradas; detiéndose en su marcha triunfal, pero no por eso cesan los cánticos de alegría. De repente déjase oír algunas voces en el interior del templo, cantando el himno: *Israel es tu Rex*, con el que saludan á Cristo Rey y Redentor. Este himno fué compuesto por Teodulfo, Obispo de Orleans, prisionero en Angers por orden de Luís el Bondadoso, cuyo monarca, pasando un día por bajo las ventanas de la cárcel en el momento mismo en que el santo Obispo cantaba: *Gloria, laus et honor*, no pudo por menos de conmoverse, otorgando el perdón al encarcelado. La Iglesia Romana adoptó las seis primeras estrofas de este hermoso poema para esta ocasión, haciéndose célebre con este motivo en el mundo entero. Dichas palabras *Gloria, laus*, cántanse por el Clero y el pueblo que están fuera de la Iglesia, después de cada estrofa del himno cantada por las voces que hay en el interior del templo, estableciéndose, por cor-



siguiente, entre los dos coros, un diálogo cantado á través de las puertas que continuán cerradas.

Esta ceremonia tiene un sentido profundamente misterioso: siendo su principal objeto recordarnos que antes de Jesucristo la puerta del cielo nos estaba cerrada, y que por la virtud de su cruz se nos ha abierto.

(Continuará).



## Variedades.

### LOS CONGREGANTES DE MARÍA

Entre el zarzal inculto  
 que al mundo llena  
 asoma su corola  
 una azucena,  
 ¡flor venturosa  
 sobre la que la Virgen  
 su mano posa!  
 De esa mano al resguardo  
 cándida crece,  
 y en su tallo flexible  
 la flor se mece:  
 se mece ufana  
 al soplo de la brisa  
 de la mañana.  
 A su lado mil rosas  
 y olientes nardos  
 sus corolas asoman  
 entre los cardos;  
 blancas como ella;  
 como á ella los halaga  
 la Virgen bella.  
 Cuando la luz del rayo  
 los aires hiende,  
 en sus flores María  
 su manto tiende:

y sin pavura,  
 gozan ellas tranquilas  
 de su ventura.  
 Nunca en su cáliz posa  
 el vil insecto;  
 nunca sus hojas mancha  
 humor infecto:  
 sólo á María  
 sus perfumes ofrecen  
 y su ambrosía.  
 Sólo á Ti se consagran  
 tus Congregantes;  
 quieren ser de pureza  
 lirios fragantes.  
 ¡Madre del alma!,  
 Tú su ansiedad de dicha  
 benigna calma.  
 Ante tu augusta Imagen  
 un juramento  
 ligó ya para siempre  
 su asentimiento:  
 á Ti, María,  
 dan de su alma el aroma  
 y la ambrosía.  
 Entre el zarzal de vicios



que al mundo llena,  
 consérvales el alma  
 sencilla y buena,  
 ¡Madre divina,  
 nunca del mal los púnce  
 la aguda espina!  
 Sean siempre tus flores

privilegiadas;  
 siempre tu amor atraigan  
 y tus miradas.  
 Sus hojas puras  
 adornen tu palacio  
 en las alturas.

IGNACIO MESA., S. J.

---

## Noticias generales.

---

El telégrafo anunció hace poco tiempo la pronta traslación de los restos de León XIII, de la bóveda en que provisionalmente se encuentran al sepulcro que se estaba construyendo en la Basílica de San Juan de Letrán.

Terminado ya el sepulcro, parece definitivamente acordado que la traslación de los restos del difunto Pontífice se verifique en los primeros días de Enero próximo.

Los periódicos italianos han hablado sucesivamente de una traslación nocturna y de un cortejo magnífico en pleno día, bajo la protección de las tropas italianas formadas en la carrera; pero al fin parece haberse acordado prescindir de toda solemnidad en las calles, y el cuerpo del Pontífice será trasladado en las primeras horas de la mañana, á San Juan de Letrán, en un modesto carro fúnebre, al que seguirán algunos coches del Vaticano ocupados por el gran Penitenciario, el Cardenal Serafin Vannutelli y los Prelados de la Cámara pontificia.

Las fúnebres ceremonias se celebrarán en la Basílica de Letrán, Catedral de Roma, suntuosamente restaurada, merced á la regia munificencia de León XIII.

\*\*\* El Cardenal Respighi ha consagrado solemnemente la nueva iglesia de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, dedicada al Santísimo Redentor, en la Vía Sicilia de Roma.

\*\*\* Ya ha salido de Roma, dirigiéndose á Lisboa, el nuevo



Nuncio Apostólico en aquel reino, Excmo. é Ilmo. Sr. D. Julio Tonti.

\*\*\* En el último Consistorio ha sido preconizado Arzobispo de Sevilla el Obispo de Jaén, Excmo. Sr. D. Salvador Castellote Pinazo.

\*\*\* El Prelado de Salamanca ha prohibido, en reciente documento, que se lea en aquella Diócesis el *Diario Universal*, porque insertó un artículo atacando los dogmas de la Eucaristía.

\*\*\* Poco ó nada dicen los periódicos liberales de la infinidad de protestas que de todas partes se dirigen al gobierno contra el proyecto de la ley de Asociaciones, y sabemos que solamente de Tarragona ha recibido el Sr. Canalejas más de 300 telegramas protestando contra dicha inicua ley, que bien podría calificarse de ¡ley del embudo!

Pero dirán los rotativos que esa no es la opinión del pueblo español, que la verdadera es la de los cuatro golfos que alborotan y apedrean Obispos.

---

## Santorial.

---

Día 23, Domingo IV de Adviento. Stos. Nicolás Factor, y Sérvulo, cfs.; Pompeyo, mr.; y Sta. Victoria, vg. mr.

Día 24, lunes. Stos. Luciano, Paulo, Teótimo y Eutimio, mrs.; Stas. Irmia y Társila, vgs.—*Ayuno con abstinencia de carne.*

Día 25, martes. La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Santas Anastasia, mr., y Eugenia vg. mr.

Día 26, miércoles. Stos. Este-

ban, diác. protomr.; Dionisio y Zósimo, pp. cfs., y Sta. Abra, vg.

Día 27, jueves. Stos. Juan apóstol y evangelista; Máximo, ob.; Teodoro y Teófanés, herms., y Sta. Nicerata, vg.

Día 28, viernes. Los Santos Inocentes mártires. Stos. Cástor, Víctor y Cesáreo, mrs., y Stas. Damma, Agapes y Teófila, vgs. mrs.

Día 29, sábado. Stos. Tomás, arzobispo mr.; David, rey prof.; Marcelo, cf., y Sta. Victoria, vg.